



Lágrimas de dolor y belleza: Voces mezcladas¹

Michael Eigen

Nueva York

Kurt sentía ambivalencia ante la idea de venir a mi consulta. Su vacilación se mostraba en la dificultad para establecer una cita. Durante varios meses estuvo llamando y colgando, dejaba mensajes que yo casi no podía entender y números de teléfono erróneos. Finalmente, gracias a cierto golpe de suerte o conexión afortunada, contactamos.

Palabras clave: Michael Eigen, belleza, voz, dolor, relación, cambio.

Kurt felt ambivalent about the idea of coming to my office. Her hesitation was shown in the difficulty to establish an appointment. For several months he was calling and hanging up, leaving messages that I could barely understand and wrong phone numbers. Finally, through some stroke of luck or lucky connection, we contacted.

Key Words: Michael Eigen, beauty, voice, pain, relationship, change.

English Title: Tears of Pain and Beauty: Mixed Voices

Cita bibliográfica / Reference citation:

Eigen, M. (2014). Lágrimas de dolor y belleza. *Clínica e Investigación Relacional*, 8 (2): 329-345. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

Kurt sentía ambivalencia ante la idea de venir a mi consulta. Su vacilación se mostraba en la dificultad para establecer una cita. Durante varios meses estuvo llamando y colgando, dejaba mensajes que yo casi no podía entender y números de teléfono erróneos. Finalmente, gracias a cierto golpe de suerte o conexión afortunada, contactamos.

Diez minutos después de la hora en que quedamos en nuestra primera cita, me lo encontré parado enfrente de mi puerta cuando salí para comprobar el correo. No había sido capaz de acercarse y llamar al timbre. Sabía por nuestra conversación telefónica que yo no cerraba la puerta exterior y que él podía entrar hasta la sala de espera. No sabía decir por qué estaba allí esperando, si estaba paralizado, queriendo y no queriendo estar allí, con tentaciones de salir corriendo, lanzarse fuera del edificio, hacia la calle, donde se sentía seguro. Para él caminar por la calle significa libertad.

Cuando entró, me miró con desaprobación y dijo una y otra vez: “El tipo más simple de proposición, una proposición elemental, afirma la existencia de un estado de cosas.”

“Usted está aquí”, propuse. Quizá estaba pensando que ésta era una proposición elemental que afirmaba la existencia de un estado de cosas, aunque no estaba seguro. Reconocía sus palabras como una cita del *Tractatus* de Wittgenstein y algo dentro de mí lo tradujo en una prueba de existencia, su existencia. En mi mente se manifestó la idea de que él estaba buscando y temiendo cierto tipo de contacto elemental, pavor y anhelo por un contacto elemental consigo mismo y que yo estaba ahí para intermediar en el contacto. También era consciente de que mis pensamientos eran una fantasía psicoanalítica.

Posteriormente descubrí que el decir “Usted está aquí” era al mismo tiempo amenazante y un alivio. Estar aquí significa no estar en la calle. Estar aquí con alguien, con el riesgo de ahogarse. No hay duda de que él imaginó la terapia como una violación, que le robaba su propia identidad. A través de mis persianas podía captar resquicios de la vida callejera, retazos de gente que pasa, de ruidos, tráfico, voces, padres e hijos, la mitad de una conversación telefónica que pasa, luces y sombras. La vida al otro lado de la ventana le confortaba.

“Usted sabe lo que quiere decir para mí el estar aquí,” dijo con calma. Nos mirábamos mutuamente. Sus ojos parecían observarme con atención como si yo fuera el centro de una diana, disparando hacia todas partes sin detenerse en ningún sitio, mirándolo todo por el rabillo del ojo, no queriendo ser atrapado por nada.

“Usted sabe que yo no puedo estar aquí.” Sonaba como si estuviera al borde del llanto, entonces se giró y miró hacia la puerta. ¿Se iba a ir corriendo? El que entrara en mi consulta y se sentara era como enjaular a un león. Yo no me moví.

Miró la puerta de la habitación interior, la de la consulta, y poco a poco se encaminó hacia ella. Yo le acompañé.

“Gracias,” dijo.

Un mes después comentó (refiriéndose a nuestros primeros momentos de encuentro), “Me sentí impresionado de que usted conociera la cita de Wittgenstein y no dijera nada sobre ello. Usted señaló que yo estaba aquí, una proposición en acción, más allá de una proposición. Me dejaste escapar. No me obligaste a ver nada de lo que yo no quería ver en aquellos primeros momentos. Eso me permitió venir. Sentí que me podía ir y que usted sintió que yo sentía eso. Habrá que ver cómo puedo permanecer *aquí*. Supongo que usted siente lo mismo sobre sí mismo.”

Yo tiendo a cortar, a salir corriendo. Como Kurt, soy muy sensible al ahogo. Pero también puedo ser muy insistente. Cuando me escapo después vuelvo y persevero, ya sea un minuto después, una hora o una semana, lo que me lleve recuperarme y volver a integrarme. La terapia con Kurt puede terminarse hoy o mañana, o continuar durante años y años. Las tendencias opuestas se acompañan. Imposible saber cómo movernos con ellas.

No es fácil estar con otra persona ni estar solo. Muchos escapan de sí mismos, temen su propia insistencia, temen quedarse atrapados en sí mismos. Después de estar perdido en mis pensamientos las palabras surgieron a borbotones de mi boca, como globos de diálogo en un libro de comics, del tipo en el que las entrañas trágicas de los personajes impregnan la página: “Es un desafío estar en la misma habitación juntos y un desafío, también, estar en la misma habitación con uno mismo.”

Él sabía lo que yo quería decir: el sentido inacabable de estar atrapado. Allá donde él esté, allá donde yo esté: atrapados. Atrapados en nosotros mismos, el irresoluble problema de nosotros mismos. Él añadió: “No sabía que esto era igual en todas partes. En la calle no está. Caminas y caminas, miras y miras. No tienes que estar en ningún sitio con nadie. No necesitas ser nada en absoluto. Simplemente caminas y miras.” Caminando puedes desatraparte de ti mismo, caminas fuera de ti mismo, dentro de ti, a través de ti. Una zona de libertad. Pero el estar atrapado vuelve de nuevo.

“Estar en algún sitio con alguien es demasiado duro para mí,” siguió diciendo. Podía haber añadido que estar consigo mismo en cualquier sitio también era demasiado duro. “Hay un infierno dentro de mí y caminar es como echar agua en un incendio. El fuego no se extingue pero el agua sienta bien mientras está ahí.”

No le restregué en la cara el hecho de que estábamos hablando, contactando con nuestros interiores y dejándolo saber al otro. Nuestro contacto podía ser frágil, pero la necesidad de que la psique hable es fuerte. Mucho más importante que atender a pequeños signos de “mejoría”.

Kurt tenía treinta y pocos años y había sido hospitalizado en tres ocasiones. Veía malos

espíritus en las expresiones de la gente, que le aterrizaraban. No en todos sino, principalmente, aquellos que estaban cerca de él y también otras personas. Una voz interior le decía que huyera sin pensar hacia dónde. Sería informado en el momento. Lo importante era escaparse, vete, vete, vete.

Esta fue una prueba de fe. Si no hubiera podido hacer esto habría querido decir que carecía de fe y estaba condenado a un castigo eterno sin determinar. La salvación estaba en sus manos, sólo con que oyera la voz y escapara. Si tan solo tuviera el valor.

A veces estas urgencias estaban conectadas con murmullos vagos sobre Lot escapando de Sodoma u Orfeo del Hades. NO MIRES ATRÁS, VETEVETEVETE. La voz que susurraba órdenes era el Camino verdadero y el único. Lo que paralizaba a Kurt no era propiamente otra voz, sino el miedo. Un miedo ciego por la supervivencia. Imaginaba que si seguía la orden por completo moriría, atropellado por un coche o un tren, por los disparos de un policía. Se lanzaría para morir desde un acantilado, al metro o por una ventana. Seguir vivo significaba que era un cobarde. No se atrevía a saltar hacia la Senda Verdadera.

Mi mente percibía tremendos embrollos que todavía yo no podía expresarle. Quizá nunca hablaríamos de ellos. Tal vez eran ejercicios intelectuales y la realidad es otra cosa. Mi mente se lanzó rápidamente hacia adelante, atando y desatando nudos, accionando interruptores, una especie de asalto maniaco sobre la psicosis. Una locura persiguiendo a otra.

Aquí está lo que vi. El saltar a la Senda Verdadera y morir podía ser una especie de “muerte” psicológica espiritual, parte de un proceso de transformación, de “renacimiento”. Un problema de las psicosis es que las órdenes se toman “literalmente”. Debes hacer esto, no debes hacer aquello. No podían ser tomadas como invitaciones para cambiar, mensajes, anuncios: existen más cosas, hay más cosas en el camino. Hay más cosas para ti de las que conoces, más cosas para vivir que las que estás viviendo. Es duro, casi imposible, recolocar el centro de gravedad. Las órdenes se siguen con una autoridad irrenunciable. Se le juzga a uno por ellas. Si no las seguimos estamos condenados, carentes de coraje, de fe, del coraje de la propia fe. No hay matices, continuidad ni variaciones a través de las que podamos ir cambiando. Estamos atrapados por el juicio y paralizados por la necesidad de sobrevivir. Quedamos totalmente inmóviles, no importa lo rápido que las ideas vayan.

Otra hebra del embrollo es que la temida muerte ya ha ocurrido. Estamos encerrados entre la catástrofe que nos ocurrirá si no seguimos las órdenes y la que nos ocurrirá si las seguimos. En mi visión psicoanalítica, o fantasía, siento el proceso catastrófico en marcha dentro de la vida de Kurt, quizá desde los primeros años, que ahora sigue funcionando y amenaza con adquirir más inercia en el futuro. Su vida y su personalidad se expresan en los terrores catastróficos que lo asaltan. La psicosis es un proceso catastrófico. Y la catástrofe sentida es expresada en pensamientos e imágenes (delirios, alucinaciones).

Las raíces de las catástrofes son desconocidas, ya sean físicas, emocionales, ambientales o

una combinación de todo. Pero el resultado es una catástrofe emocional de grandes proporciones. Es una convulsión del Yo, del sentido de sí mismo, del terreno en el que nos ubicamos. Cómo hacer fructífero el regreso, una experiencia de crecimiento, un acontecimiento creativo. ¿Es eso posible? Quizá no para todo el mundo. Pero algunos vuelven y ofrecen su testimonio: hay vida después de la psicosis. Es posible volver de la aniquilación y retomar grandes partes de la vida. Parte del proceso consiste en dejar espacio poco a poco, con el tiempo, a los propios procesos catastróficos. De esta forma, a largo plazo, con mucho trabajo y ayuda, hay caminos para que las catástrofes psicóticas no necesiten ser tan incapacitantes o para que los procesos catastróficos de forma menguada lleguen a formar parte de una vida más amplia.

Una tercera parte del embrollo es la mezcla de voces. Una voz que pretende ser Dios puede ser el Diablo, y viceversa. Hay una profunda confusión de voces que no permite percibir la diferencia entre una y otra. Uno piensa que Dios ordena dejarlo todo e irse, pero Satán puede estar mezclado. Y el temor a sobrevivir puede ser una bendición del cuerpo, un toque de cordura. En este caso, el deseo por sobrevivir es sofocado por el diablodios, una fusión de Dios y el Diablo. El sentido de la vida se ve condenado si no sigue a la Autoridad (el diablodios, diosdiablo). Lo más cuerdo de uno mismo – el deseo de supervivencia –es condenado. En el caso de Kurt, caminar y sentir. Porque en sus paseos veía colores, percibía olores, sentía la brisa sobre su piel, experimentaba la buena sensación interior de sus movimientos corporales, en las células, los tejidos, los poros, se sentía vivo. Y era la misma bondad del sentirse vivo la que era atacada por las órdenes diabólicas o divinas, disfrazadas como “La Verdad”. La tiranía de la “verdad”.

Un cuarto embrollo es, posiblemente, incluso más siniestro e inflexible. Quedar atrapado entre el deseo de sobrevivir y el de seguir La Verdad. Cualquiera de los dos puede ser un tirano, un asesino. El temor por la supervivencia puede llevarnos a mentir, engañar, hacer daño, matar. Hacer todo lo necesario para seguir vivo a cualquier precio, sin importar las deformaciones que experimentemos ni las heridas que nos infiramos a nosotros mismos o a los otros. El temor por la supervivencia no debería llevarnos a los últimos extremos, pero lo hace, como muestran las guerras entre naciones, el crimen callejero, y los negocios “asesinos” en altas y bajas finanzas. Quedamos atrapados entre estructuras de mando locas que nos conducen a la muerte y el temor por la supervivencia que deforma nuestra propia existencia. ¿Cómo resolver este nudo? De momento, dejémosle estar, veámoslo, sintámoslo, degustémoslo. Nuestros intentos por resolverlo o escapar de él a menudo aprietan el lazo.

No está claro para qué sirve mi meditación sobre los “embrollos” puesto que mi forma de enfocarlos no resuelve nada, no hace que desaparezcan los problemas ni el tormento. Incluso, mi rumiación psíquica, ya sea correcta o incorrecta, la utilice de manera explícita o no, forma parte del sentimiento de fondo que yo llevo a la sesión. Puede que no conozca bien los

detalles. Pero dichas ensoñaciones tienen un peso emocional porque implican una preocupación por el estancamiento catastrófico que está viviendo Kurt, un impasse trágico. Contribuyen a la creación de un contexto de empatía, de validación de la dificultad, compartiendo una pizca de dolor y confusión, un continuo preguntarse sobre qué es lo que nos tiene atrapado.

Tres años después

“He encontrado un empleo en la lista de Craig ², ayudando en los escenarios de una pequeña productora de cine. Principalmente sigo órdenes pero también resuelvo pequeños problemas, montando, reparando y recolocando. Me encanta. Se trata de un equipo en el que todos contribuyen. Hacemos lo que podemos, aquello para lo que estamos allí. Lo que más me gusta son los desacuerdos y cómo se resuelven o como se vive con ellos. Hay estallidos, después puedes ver cómo una persona piensa las cosas de nuevo desde otra perspectiva, mirándola de este modo y de este otro, viendo qué es lo que funciona. De lo que se trata es que funcione. Pones tus ideas con las de los demás y se cocinan juntas.

“Yo no podría hacer lo que tú haces, estar sentado en un sitio todo el día. Me gusta moverme (*move*). La palabra “película” (*movie*) – me siento feliz si no estoy parado. Las películas se mueven. El tiempo se mueve. Las películas tratan del cambio, de lo que cambia y de lo que no. Los personajes son movidos por la vida y nos mueven hacia la vida. Sentimos la vida. Nos movemos con ellos. Me puedo quedar sentado y ver una película. Las películas me fascinan. Puedes detener un fotograma y ver las expresiones con atención como no lo puedes hacer en la vida real. No puedes acercarte a una persona tanto como quieras y mirar y mirar. La cara es un mar, ondas, olas. Las expresiones van cambiando, pequeños cambios, de un momento a otro.”

“No es cuestión de inmovilizarlos, parando el movimiento en un fotograma. Se trata más bien de explorar la cara, de ver lo que hay en ella al ir despacio. Mirar y mirar. Nunca se para, como los cambios lentos de un atardecer. Las películas te ponen en alerta, activan tu conciencia hacia lo que está ahí, a lo que *puede* estar ahí.”

“Algún día me gustaría hacer una película. Quizás más de una, quizás un montón, si puedo. No sé si podría porque me quedo atrapado en pequeños detalles, fragmentos, ondulaciones de los labios, ceños curvados, sombreados de la boca. Tendría que cortar y no quedarme enganchado a un momento o nunca llegaré al momento siguiente. Tendría que empezar de nuevo. Pero eso es ridículo, los ‘momentos siguientes’ no dejan de venir. Te centras en lo que está pasando pero es el futuro que viene. Realmente estás mirando al futuro.”

“Una brecha entre el pasado y el futuro te produce tanta tristeza. Una tristeza sosegada.

Una tristeza que te hace sentir que todo está bien porque nada lo está. Se queda pegada a tu garganta, a tu pecho. Muerdes la manzana del tiempo. Te la tragas. Ella te traga a ti. Regodearse en tragar. Quiero decir algo más, algo que no es fácil de tragar, que perfora el tiempo.”

Hemos recorrido un largo camino en tres años. Kurt no se ha encerrado, no ha sido hospitalizado y ya no está medicado. Todavía es pronto para estar seguros, pero estamos en el camino. Algunos aspectos de sus estados psicóticos parecen haber sido canalizados hacia el trabajo creativo y la capacidad para expresarse a sí mismo, sus visiones, su sentimiento de las cosas. El canal entre el juicio y la locura no ha sido cerrado. El flujo entre los diferentes niveles del ser es parte de su vitalidad.

Observaciones sobre los primeros tres años fuera del hospital

Al principio Kurt pasaba mucho tiempo solo. Paseaba por la ciudad, por los parques, al lado de los ríos. A menudo encontraba un sitio en el parque y se sentaba durante horas, observando, escuchando, con los ojos cerrados, con los ojos abiertos. A veces leyendo durante horas y horas. La sensación de los árboles, el cielo, la tierra, el color a través de su cuerpo, sus poros, tejidos, células. La gente del parque parecía ser más feliz. Aunque no siempre, veía a los necesitados, a los vagabundos, a los peligrosos. Pero la mayoría de la gente parecía más feliz en el parque que en otros sitios. Sentía que podría dormir ahí y estar en paz, pero al final se volvía a casa sintiendo el buen regusto.

Unos ocho o nueve meses después de salir del hospital, Kurt empezó a ir al cine. Si la película le gustaba mucho, si le fascinaba, podía verla día y noche, una sesión tras otra. Una vez tuve un paciente que contaba la anécdota de cuando arrancó el televisor de su base para impedir que su hijo siguiera viendo películas una hora tras otra. Muchos años después, en la terapia, sentía que le había arrancado algo esencial a su hijo, una parte de su esencia. Se arrepentía de algunas cosas medio violentas que había hecho pensando que estaba marcando los límites, como un padre de verdad. Su hijo de mayor se hizo director de cine, por lo que es difícil decir qué llevó a qué, si fue esencial o no la combinación de un observar intenso y rico, cortado por la pérdida. La mejor película de su hijo trataba de la locura y la pérdida.

Yo tenía la idea de que para Kurt el mirar películas le conectaba con los cuentos de hadas de su infancia. Una especie de creación o de recreación de cuando le leían sus padres antes de dormir. Sólo que ahora no había unos auténticos padres que metieran la pata. “Es como recibir una inyección de vida”, dijo Kurt una vez. “Estoy en soporte vital. Estoy en conexión intravenosa con la pantalla. El sentimiento vital me alimenta a través de la gente de la pantalla.”

“El sentimiento viene de ellos hacia mí,” era otra forma en que él lo planteaba. Yo pensé en la alimentación al pecho, aunque lo que Kurt describía no era una alimentación de leche sino de sentimientos. Sospecho que una alimentación de sentimientos siempre forma parte de una

alimentación de leche, ya sea nutritiva o tóxica (Eigen, 1999, 2004). Se puede observar que Kurt estaba recibiendo, no dando. No estaba interactuando con unos otros reales y vivos. Estaba muy metido en actuar en la pantalla o, más bien, la pantalla se transmitía a través de él. ¿Un vivo toma y daca?

Conozco terapeutas que destacan la importancia de un vivo toma y daca pero son escépticos respecto a tolerar estados aparentemente autistas por mucho tiempo. Animarán a la persona para que interactúe, para que no se quede sola tanto tiempo. No puedo decir qué es lo que funciona con otros ni siquiera yo siempre soy el mismo durante todo el tiempo. Pero yo sentía que había algo curativo en que Kurt paseara, se sentara en el parque, leyera, viera películas. Él llamaba a esto una “infusión de vida, de espíritu, de sentimiento.” Una alimentación pasiva profunda, una “infusión de vida.”

Estar conmigo era un gran desafío, aunque yo no me esforzara en ser irritante. Normalmente ya soy bastante irritante tal como soy. El hecho de que Kurt siguiera viniendo, hablara, estuviera conmigo, me tolerara a mí y a mis particularidades, mis frases, silencios, tormentas de ideas, era mucho, tal vez lo máximo que él podía soportar. Quizá puede ser tentador criticar lo que no estaba pasando, pero yo sentía que estaba bien apoyar lo que sí estaba pasando. Quizá yo era otra película en la pantalla. Si esto era así, ojalá que fuera una buena o, al menos, una mala que le llevaba a alguna parte.

Después de un año y medio en terapia comenzó a trabajar en cafeterías. Abandonó sus primeros trabajos o fue despedido, pero de alguna manera se estableció en una cafetería que le gustaba. No tenía que empezar a trabajar antes de las cuatro de la tarde, lo que le permitía tener el tiempo suficiente para no ir con prisas. Empezó a ver algunas personas con regularidad y esperaba con ilusión volver a verlos en el día y día, semana a semana. Realmente no formaba parte de su vida ni ellos de la suya. Pero, en cierto modo, ellos formaban una parte más profunda de su vida de lo que habrían podido imaginar. Fantaseaba con ellos y con otras personas que iban y venían. Un poco como si ellos, también, funcionaran como actores en la pantalla, como infusiones de vida. Excepto que ellos eran personas reales, vivas, en tres dimensiones. Desde luego, así eran también los actores de la pantalla. Pero en el café él tenía que ofrecer algo, dar algo de sí mismo en una realidad tridimensional con personas de verdad en el aquí y ahora, personas que no interpretaban ningún papel salvo el de ellas mismas. Tenía que anotar y traer encargos. Tenía que nutrir. Y hacer eso era un placer secreto. No llamé su atención ante el hecho de que su mundo estaba creciendo. No le restregué en la cara su crecimiento.

D.W.Winnicott (1988; Eigen, 2009) escribió sobre un tiempo en el que la calidad de la soledad de un niño depende de la calidad del apoyo que recibe. Un cuidador puede dar su apoyo o entrometerse en los estados de soledad tranquila, por ejemplo, cuando el niño parece estar descansando tranquilamente o mirando hacia los horizontes infinitos. Un buen estado de

solitud depende de la sensibilidad del cuidador, como un apoyo en segundo plano que el niño desconoce que posee. Yo llamo a este tipo de presencia de segundo plano el “otro desconocido e ilimitado”.

El daño insensible a esta solitud necesaria puede tener consecuencias duraderas. Algunas personas intentan aliviar esta solitud herida utilizando drogas como apoyo sin límites. Paradójicamente, tanto una vida solitaria como la incapacidad para estar solo pueden derivarse de una solitud herida. Nos defendemos contra el dolor de la solitud herida o caemos a través de ella y, en algunos casos, llevados al extremo, nos volvemos asesinos o locos.

A medida que crecemos, la solitud que ha recibido un cuidado nos sostiene. Una solitud de trasfondo elusivo y conmovedor toca a nuestro ser. Una parte de lo que hacemos el uno para el otro a lo largo de la vida es sostener la solitud que nos informa y nos sustenta.

Creo que una cosa que Kurt intentó hacer, al menos con un éxito parcial, fue constituir situaciones en las cuales él podía vivir o re-vivir una solitud de mejor calidad. Una solitud que era un tipo de casa-base desde donde él podía ir saliendo. Una vez que uno lo respeta en sí mismo, uno lo respeta en los otros también. Tenemos un diapasón en gran parte inconsciente que resuena de soledad a soledad. Mucho depende de la calidad de esta resonancia, la calidad del sustento que ha recibido la profunda solitud de uno, y la calidad que busca ahora. Una vez que se le permite desarrollar lo suficiente la solitud que está en el centro de nuestro ser, sirve de fuente de alimento durante toda la vida. La calidad de la solitud tiene su propia dinámica de crecimiento que sigue desarrollando. En este sentido nos convertimos en parte en nuestras propias comadronas, pero necesitamos ayuda para hacerlo.

Algo en Kurt “sabía” lo que él necesitaba, “un sentido” que le llevó a los parques, los ríos, el cine y la cafetería. Esto no fue un plan consciente, no fue deseado. Ocurrió. Creció de forma espontánea, paso tras paso, sin darse cuenta de que estos pasos estaban en un proceso. Retrospectivamente, nos dimos cuenta de que habíamos vivido partes de procesos más grandes, pero en aquel momento parecía que cualquier cosa era posible. Y tal vez siempre sea así.

La terapia hizo el papel del otro desconocido e ilimitado en su apoyo de fondo y presencia. Desconocido para el terapeuta también. Inevitablemente, nos falta fe, paciencia y tolerancia. Pero fallar también es parte de ello. Lo desconocido, ilimitado de fondo también funciona con errores. Fallar es una parte de la existencia, quizás una parte necesaria. Hay muchos hilos en la terapia. Junto con el apoyo a la solitud se da una mejor y más plena recuperación de los daños que recibe la solitud, una capacidad para atravesar los embrollos juntos de maneras más generativas que el impasse tóxico que casi le destruyó a Kurt.

Después de un poco más de dos años juntos, Kurt empezó a hacer excursiones en barco por el río Hudson, parando en lugares bonitos para pasar la tarde, a veces la noche, por ejemplo, Bear Mountain. Hacía excursionismo o alquilaba una canoa, un barquito y simplemente estaba,

sin finalidad. Él absorbía este alimento sin presiones. Una amiga (Kate) que había conocido en la cafetería apareció en estas excursiones y empezó a abrirse otra dimensión de la vida. Sin ataduras ni promesas pero dos personas a quienes les gustaba estar juntos, explorando lo que podían, lo que la vida les permitía compartir. Kurt repetía un mantra de William Blake: “Quien besa cada alegría al vuelo, vive en el amanecer de la eternidad”. No estaba tan seguro de la continuación del mantra pero le parecía que era “Quien se ata a una alegría, destruye la vida libre”. Él intentaba impedirse destruir lo que ya le era posible, cosa nada fácil. Kurt vivía, o pudo probar un gusto por la vida, un tipo de ahora eterno y beatífico, momentos celestiales, unas vacaciones del infierno. Momentos esparcidos a lo largo del tiempo pero que eran una parte fiable de su vida. No hace falta salirse del tiempo para encontrar la eternidad.

Cinco años de terapia

Kurt habla de un sueño que tuvo durante la semana: “Abrí una puerta y caminé por un pasillo hacia una sala iluminada, una luz tenue de color anaranjado, en el suelo papeles y libros. Era un viejo apartamento mío que no recordaba y en el que no había estado en mucho tiempo. Sentía que lo descubría por primera vez, un sitio que no sabía que existía. ¿Estaba solo? ¿Había alguien más en el edificio? ¿Había entrado alguien? ¿Estaba en peligro? Me sentía solo y recogido y caliente, un placer en este lugar”.

“Miré hacia arriba y vi una araña o escorpión, una criatura que era las dos cosas. Un terror al instante. Me iba a envenenar, a matarme. Seguí mirándolo y me vino el pensamiento: “Es mi mente”. Sentí un alivio. Vi a través del miedo que había tenido durante toda mi vida. Un miedo que veo en personas por todas partes, un miedo básico. Miro fijamente a la araña-escorpión y pienso que es a mi propia mente que yo temo. Este veneno, este miedo de acabar muerto, la araña-escorpión - mi mente la inventó. Yo creé mi propia paranoia. Mi mente la crea. Tengo ganas de llorar, de reír. Algo se levanta, me vuelve el aliento.”

Kurt dejó de respirar cuando vio la araña-escorpión. Es como si su vida misma hubiese dejado de respirar. La respiración paró hace mucho y ahora volvía de nuevo. Claro, tal afirmación es figurativa pero no solo figurativa. Toca un constreñimiento real y un momento de clarividencia, un momento de apertura. Un momento que pasa una y otra vez, un ritmo básico, contracción— libertad.

En este caso fue un momento de libertad de sí mismo, de la mente paranoide. Él tuvo un momento en el que vio a través del exceso emocional, la histeria. Un momento, un temor aumentado: él sería penetrado por picaduras de la araña-escorpión sin poder hacer nada. La estructura araña-escorpión toma muchas formas, representa todas las cosas malas: vestigios de venenos parentales, heridas escolares, heridas de las relaciones, peligros de la calle,

venenos en la cultura, estar en terapia. Todo condensado dentro de un paquete a través del cual él pudo ver. “Ya no tengo excusas” dijo. “No puedo seguir haciendo como si las cosas me asustaran tanto como pensaba. Tengo menos miedo de lo que temo, menos miedo de tener miedo.”

Una semana después él preguntó “¿Era real el bicho en mi mente? ¿Lo inventé? ¿Lo inventó mi mente? ¿A la vez real y creación? Terror real. Las cosas malas pasan. La muerte pasa. La enfermedad. Todo esto es real. Mi infancia ocurrió. Fue real. Pero la mente lo envuelve en ficción, fragmentos envolventes toman el control de ti. La mente es el bicho. Todo depende de cómo tu mente toma las cosas. Canaliza la experiencia a través de la araña-escorpión y te vuelves loco, histérico. Haces acusaciones, destrozas, culpas. Totalmente atrapado por un prisma paranoide. La paranoia es real. La sospecha y el horror son reales. Se abre la tierra y te traga encada momento. El veneno siempre está allí, preparado, por mucho que intentes caminar bien. Siempre estás en peligro.

“Pero al ver la mente como peligrosa, ya no puedes volver atrás. Yo lo vi. Lo vi a través de mi mente. No puedo decir que no. Puedo olvidar que sí. Puedo actuar como si no. Pero a partir de ahora la verdad es: Sí que tuve este momento en un sueño. Algo en mí se despertó del sueño dentro del sueño, momento lúcido donde yo vi que el peligro fue una invención de mi imaginación—¡Aunque fuera real!

Yo dije, “Es impresionante ver cómo funciona la mente, como trabaja el sueño”.

Puede que las arenas cubran este momento, esta comprensión, y puede que empecemos de cero otra vez de aquí una semana, un mes. Pero lo que dijo Kurt de sí mismo también era verdadero sobre mí: vimos algo que no podíamos deshacer permanentemente. Al hablar de su sueño, me llevó a un lugar donde los dos juntos veíamos a través de la mente, de la prisión de la mente. ¡Qué alivio era el poder respirar!

La paranoia constriñe la respiración. Una respiración paranoide. ¿Tenemos una mente paranoide? ¿Es la mente necesariamente paranoide? ¿Es que Kurt descubrió que la mente es paranoide o que él era paranoide sobre su mente? Él parecía decir las dos cosas y yo me siento obligado a estar de acuerdo con él en esto. O al menos decir en algún sentido fuerte que el mundo o una parte de su mundo, su mundo en cierto perfil, era (a veces, durante largos periodos a veces, un hilo/amenaza durante toda la vida) reducido a una lente paranoide. Y en contraste lo claro y liberado que se sentía mirando a través de aquella lente, viendo a la araña-escorpión que amenazaba con caérsele encima y dentro, y devastarlo y ver que la araña-

escorpión era algo que su mente había inventado, una imagen mental, una imagen de su mente o un aspecto de ella, una imagen onírica. La parálisis de indefensión era real pero un soplo de luz la dispersó.

Cada vez que yo atravieso este momento vuelvo a respirar. La araña-escorpión aprieta la mente. Ver a través de ello lo revienta, lo afloja. Uno vuelve a ser de carne y hueso. Junto con otro sentido o uso de la sensibilidad. Es difícil, no solo la sensibilidad a los venenos sino a un cuerpo vivo que respira, el goce de existir. Vivir a través de estos momentos me dio tanto alivio a mí como a Kurt.

* * *

Todavía en los cinco primeros años de terapia

Kurt está llorando, su cabeza entre sus manos. “Ahora me siento como tantas veces me he sentido en los hospitales. No, no tan a menudo. Pero en mis estancias en el hospital hubo momentos en los que apoyado contra una pared y con mi cabeza entre mis brazos lloraba y lloraba. Sollozaba. No gemía porque no quería atraer la atención, al menos tanta atención para que viniera un auxiliar. Sollozaba silenciosamente pero se dieron cuenta de todas formas. Un auxiliar venía y me preguntaba por qué lloraba, que evidentemente era una pregunta razonable. Y qué podía decir, dije la verdad, aunque temía que la verdad fuera incomprensible.

“Ahora por primera vez lo diré tal como lo sentía. Lo intenté con los médicos pero nadie aguantaba escucharlo hasta el final. En el último ingreso una terapeuta en el hospital me interrumpió cuando empecé a llorar en su despacho. Ella preguntó por qué lloraba y cuando empecé a explicárselo me cortó y se preguntaba por qué yo sentía tales cosas. Le parecía que no eran lo suficiente reales que eran demasiado metafísicas.

“Yo lloraba por el mundo, el mundo entero, todo el tiempo. Todo el periodo de la humanidad desde los inicios de la época humana en la tierra. Los suelos y las paredes del edificio para mí eran como niveles y secciones de tiempo, épocas del hombre, desde los orígenes humanos a través del paleolítico, neolítico, antiguo, moderno, ahora...todas las épocas, cada una por sí misma, pero a la vez comprimidas en una. La humanidad como un todo, como una época. La separación del antes y del ahora era real, cada época era real. La separación era artificial, era todo uno. ¿Cómo pueden ser las dos cosas? En la experiencia es las dos cosas.

“Supongo que estando de otro humor hubiese podido reír de alegría. Pero no ocurrió así. Yo lloraba y no podía dejar de llorar por todo el dolor que hay en el Universo, Nuestro Universo, el Universo de nuestras vidas, la vida humana, todas las vidas humanas. Tal vez todo ser sintiente. Tal vez el Universo entero sea un ser sintiente a su manera. De niño sentía que las rocas

estaban vivas. Las rocas cambian de color, de forma, crecen con el tiempo, son permeables a las grandes fuerzas del tiempo. Tu escribiste sobre tu experiencia en el parque nacional de Yosemite en *Feeling matters (La importancia de sentir)*. Las grandes rocas estaban vivas para ti. Todo el tiempo está vivo, uno.

“Pero yo lloraba por el dolor humano. Mi dolor, tu dolor, aunque yo entonces no te conocía. Hay dolor por todas partes-el tiempo no tiene límites. Todo dolor es uno. ¿Esto no es lo que significa Jesús? El tomó todo el dolor del mundo dentro de sí. Todo el dolor del mundo condensado en un solo punto que era Jesús. Como un alquimista, él transformó aquel dolor en Alegría. Todo el dolor del Universo pasó por una transformación interna a través de Su ser. Mi llorar enfatizaba el dolor. Otro momento podía enfatizar la resurrección.

“Un sufrimiento hacia la vida. La vida hacia la vida. Llorar me reconfortaba. Sentía completud, una paz en mi pecho, en mi cuerpo, en mi psique. Mi self atormentado encontraba momentos de paz para Todos a través de las lágrimas.

“Yo he intentado explicar esto antes. Esto es lo más cercano a lo que he podido llegar.”

Tardó más de cinco años para que llegara un momento en el que Kurt pudiera compartir esto conmigo. Más que compartir, expresar algo que anhelaba ser expresado, esperando el momento que pudiera ser posible el decirlo y el ser escuchado. Todo el dolor de su vida, la vida del mundo, el dolor humano reconocido. Parece trivial decir que finalmente el dolor fue validado, sin preguntar. La realidad del dolor fue/es real. Pero en la vida de Kurt ¿y en cuántas vidas? esto no llega a pasar no llega a pasar de forma adecuada. ¿Cuántas veces acaba frustrado el intento de expresar y compartir el dolor que se siente? Algo va mal en la expresión o en la escucha, algo aborta. Cómo sentir, expresar, compartir y oír nuestro ser sintiente es una capacidad que requiere una nutrición y una aceptación en una cultura más amplia además de en la consulta. Todavía hay, en este momento, un tabú en contra de los sentimientos, como si existiera un pavor de que no podremos funcionar ni llegar a las exigencias de la sociedad si sentimos lo que sentimos, si sentimos nuestras propias vidas. ¿Qué más se puede decir, falta decir? Kurt y yo estuvimos agradecidos porque conseguimos co-crear un espacio para decir lo que faltaba, un espacio que tardó años en crecer. Encontrar este espacio requiere un duro y delicado trabajo.

* * *

Doce años en terapia

“Pensando en una película que hice hace cinco años, la primera. Empecé a hacer un documental sobre una mujer sin techo, un alma desolada y perdida en el planeta. Gradualmente cambié mi enfoque sobre las maneras en que ella se cuidaba, los hábitos de higiene y cuidados, intentos para mejorar su vida. Y en algún momento perdí interés en los detalles de su vida y empecé a imaginar momentos de belleza. La seguíamos por su ruta e

intentábamos seguir su línea de visión, lo que ella veía, y además de la suciedad y la velocidad de los eventos que sucedían, personas, coches, tiendas, grados de riqueza y pobreza, nuestras cámaras eran atraídas por una belleza insospechada. Podía ser la esquina de un edificio, el color del cielo, la luz en la acera, las vetas y texturas de la piedra, la piel o la tela, un bebé que pasaba. Las cámaras respiraban su propia vida y seguían lo que ellas querían y me llevaban a asombrarme una y otra vez. El mundo que ella habitaba era increíble. También terrible, peligroso, amenazante. Ella hacía lo que podía para encontrar patrones de seguridad. Y la cámara encontraba una belleza indescriptible a medida que ella se movía, cómo si las cámaras fueran ojos, ojos psíquicos adicionales que revelaban algo similar a lo que ella podía haber sentido. ¿Es que nosotros añadimos esta belleza a su vida o es que la encontramos dentro de ella, a través de ella?

“A esta película ya no la llamo documental. Fue en parte un documental. Fue un documental-fantasia. ¿Qué fue suyo, nuestro, de las cámaras? Lo acortamos todo en quince minutos y lo proyectaron en algunos cines independientes. En algunos yo fui a hablar después de la proyección, un tipo de cine-fórum. Di algunas charlas en Institutos. Me molestaba que no pudiera quedarme con la pura realidad. No podía frenar esta atracción hacia la belleza. Me rendí. Lo reconocí como una debilidad, algo que no puedo superar.

“Hay artistas que pueden quedarse en la pura brutalidad de ser, hacer que llegue lo trágico. Yo me rendí a lo conmovedor, a la belleza entre la mala hierba. Si yo viera una boñiga en un campo yo quedaría fascinado por las formas espirales del excremento y pensaría en una peonza inmóvil, una nebulosa espiral dentro de la tierra y la hierba, las moscas como señales de vida. Yo he visto películas de la peor brutalidad de la guerra, de accidentes, asesinatos, incluso en la cirugía. No tengo ningún derecho a sentirme atraído a la Belleza Omnipresente, como si fuera La Realidad que Calmó el Dolor, una sustitución de la realidad, una realidad primaria. Me siento culpable por mi debilidad. Hará que sea menos artista, un fracaso.

“Pero no lo puedo evitar. Soy así. Al menos soy así hasta ahora.

En una escena ella se sentaba en un banco de un parque para comer un bocadillo que se deshacía. Delante de ella había un increíble roble, torcido, algo podado, pero extravagantemente salvaje, de la forma en que los árboles bien cuidados se los puede hacer parecer casi simétricos, un copo de nieve enorme, gigantesco. Todo un éxito porque todas sus partes eran asimétricas, creciendo desordenadamente, cómo una melena salvaje, contenida por un invisible principio de belleza.

Yo olía o imaginaba que notaba el olor a orina, a ano o a vagina. Una punzada de repulsión cuándo pensé en sus partes íntimas. A la vez sentía lo duro que era solo ser, como por un momento ella parecía estar fuera del dolor, sentada al sol. Mis ojos seguían su mirada al árbol. Intenté encontrar el mismo punto que ella miraba. Vi un demonio entre las ramas, la cara de un demonio. La configuración de las ramas dibujaba la cara de un demonio. Y me preguntaba

si también la veía la cámara.

¿Qué podía hacer yo, escaparme gritando? Tal vez en algún momento hubiese querido hacerlo. Me hubiese quedado hipnotizado, paralizado. Habría sentido que fuera un demonio real. Habría dudado que fuera real pero no podía estar seguro del todo. Posiblemente fuera real. Probablemente era real.

Miraba fijamente. ¿Intentaba ver a través de la cara del demonio, perforarla? ¿O sólo intentaba ver qué pasaría si no me moviera, si esperara? Tal vez sólo intentaba ver. Intentando ver que hay ahí o —y esto es difícil—tú sabes cuándo miras la puesta de sol va cambiando, o el humo, o las nubes. Aprendes a ver los pequeños cambios. Los pequeños cambios te estremecen. Un momento, un demonio, otro momento un árbol. Uno, otro, los dos superpuestos, fusionados, separados. Yo miraba como cambiaba la imagen y me preguntaba qué era real y eran todas reales.

Volví a mirar a la mujer sin techo y me di cuenta de que me había olvidado de ella. Buscaba el demonio en su cara, pero no lo encontré. Lo que encontré era una vida dura, marcas, cicatrices en su cara. Sólo alguien, ella misma, a través de las capas del desgaste y el tiempo, vi una bondad básica. A través de las distorsiones, de las deformaciones, la Bondad Básica. El viejo roble cobró vida y brillaba de Bondad Básica. Y pensé que esto debía ser cierto de mí, también. A través de la podredumbre, las cicatrices, las deformaciones, un sentimiento de la Verdad. Si solo pudiese aferrarme a ella o ella pudiera aferrarse a mí. Sabía que me olvidaría de ello, ¿pero me olvidaría completamente? ¿Podría hacerlo? Si pudiera olvidarme de ello completamente, me moriría.”

Yo escuchaba, sentía su viaje, su sentido de algo profundamente sentido. En algún momento añadí con cierta gratuidad, “parece que encontraste el camino a la categoría de lo humano” Quería decir algo que tiene que ver con la compasión, el cuidado, el sentido de la vida vivida.

En la siguiente visita continuó. “Seguramente estarás preguntándote por qué relaté un momento que pasó hace cinco años y por qué he esperado hasta ahora para dejarte entrar y contártelo. Es el momento, es lo único que puedo decir. También es el momento para dejar la terapia un tiempo, si puedo. La Katie está embarazada. Yo estoy trabajando como un loco. Es un momento de pasar página.”

Uno podría pensar: ¿dejar la terapia justo cuando hay un bebé en el horizonte? ¿Kurt no va a necesitar ayuda en la transición hacia la paternidad, sus cargas, sus presiones? ¿Qué lógica hay de contar el relato de la mujer sin techo y los demonios en el roble, el descubrimiento de la bondad básica y dejar la terapia? Fue la manera que encontró Kurt de expresar que algo había pasado y que ahora sentía que llegó el momento de hacer el trabajo por sí mismo, el trabajo de ser su propia comadrona, comadrona de su vida. Era el momento de encontrarse con su vida, vivirla. Él estaba conmovido por el horizonte, incrédulo de que él pudiera tener un hogar y dejarse llevar por la lucha creativa.

Kurt sabía que podía volver si me necesitaba o podía buscar ayuda en otro sitio si quería. Pocas veces estoy “seguro” cuando alguien se debería quedar o dejar la terapia, a no ser que la persona tenga problemas obvios. Kurt había llegado a un punto en su cuarentena cuando él sentía que su vida empezaba y que él quería dedicarse plenamente a ella. Tenía un sentido que él *podía* dedicarse a ella y quería probar.

¿Su trabajo en la terapia le inmunizó de tener más crisis? En su caso sospecho que sí. Yo no me atrevería a decir que había asimilado su psicosis pero algo de esto estaba en proceso. Tal vez sin la ayuda estos estados le habrían mutilado. La escucha era un ingrediente, un ingrediente que mencionó muchas veces. Aparentemente habíamos creado un situación en la que él se sentía escuchado, en la que podía intentar contactar con lo que tenía dentro y decir que había ahí. También había otros elementos.

Creo que uno de ellos, no explícito, tenía que ver con mi propio amor a la vida psíquica. Yo estaba interesado (si no estaba demasiado cansado o distraído) con cualquier cosa que surgiera. Lo que saliera de él “encontraba” en mí una escucha, si no inmediatamente, en algún momento. Este amor a la vida psíquica es un tipo de cojín de fondo, un “sentir” psíquico, una apreciación. Cualquier cosa que él dijera lo podía encontrar yo en mí mismo.

Relacionado con esto, hay una necesidad de hablar-de-la psique, un tipo de hambre psíquica. Hay un tipo de hablar de la psique que puede ser extraño en el discurso diario. El hablar de la psique abre universos que despiertan la sospecha y el rechazo en nuestro ser normativo. El hablar de la psique puede parecer extraño, extravagante, loco, pero tiene una profunda lógica y yo creo que tenemos una necesidad profunda de ello. Una necesidad ensombrecida por el énfasis que pone nuestra cultura en el funcionamiento. El resultado de que esta necesidad se bloquee son sucesos muy locos: la guerra, la locura económica o militar, modas y manías bizarras.

El interés de Kurt en la cinematografía conectaba lo interno con lo externo. Lo que contactaba a través de sus crisis llegó a ser parte del trabajo de su vida. La locura informó a su arte. Pero era una locura, si no domesticada, puesta en circulación. Estados que habían entrado procesos de absorción psíquica, la circulación psíquica.

¿Locura es una palabra demasiado fuerte? ¿No sería mejor hablar de realidades alternativas, otros espacios, otros intereses? Nosotros somos anfibios psicológicos, criaturas de agua y tierra. O como insinúan los antiguos, tierra, fuego, agua, aire, son todas dimensiones de experimentar. Uno de nuestros desafíos más grandes es fluir entre mundos. El taoísmo habla de una bisagra, una capacidad de ir y venir, de entrar y salir de múltiples realidades, valorar la plétora de capacidades que nos constituyen.

De alguna manera Kurt encontró de casualidad un ambiente que valoraba el abanico y la mezcla de realidades que él vivía y con el tiempo pudo hacer un uso de ello. No todo el mundo puede hacerlo y no toda combinación paciente-terapeuta es buena. Quizás tuvimos suerte, la

suerte teñida con gracia, agradecidos por la manera en que nuestra relación y nuestro trabajo evolucionaron. Quizás Kurt y yo aprovechamos el sentido que cada uno tenía de algo que Robertson Davies (1983, p.235) describe como “una fuerza no identificada pero profundamente sentida.”

Original recibido con fecha: 10-5-2014 Revisado: 30-5-2014 Aceptado para publicación: 28-6-2014

NOTAS

¹ Traducción castellana de Carlos Rodríguez Sutil y Rosa Velasco, revisada por Nick Cross y Aleksandra Misiolek. Capítulo 6 de la obra “Contact with the depths” de Michael Eigen, sobre el que el autor expone su versión actual del caso que es objeto de discusión en Cáceres, 10 de Mayo de 2014, en el marco de la *1ª Conferencia Ibérica de Psicoanálisis Relacional*, actuando como discutidores Joan Coderch, Carlos Rodríguez Sutil y Rosa Velasco.

² La lista de Craig es una web que contiene diversos tipos de anuncios.